
DOMINGO CUARTO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Asi como el domingo anterior se llamó antiguamente el domingo de la misericordia de Dios para con los pecadores, porque todo el oficio de la Misa predica esta grande misericordia, por la misma razon puede llamarse este el domingo de la confianza en Dios, pues el Intróito, Epístola y Evangelio de la Misa nos inspira esta dulce confianza.

La Misa empieza: el Señor me manifiesta sus designios y vela en mi conversion; el Señor es mi luz, mi guia, mi apoyo, mi salud; en él

está puesta toda mi confianza. ¿Qué tengo que temer? ¿Qué enemigo puede aterrarme, y qué riesgo puede darme cuidado? Bajo tal protección no puedo perecer.

La Epístola se tomó de la carta de San Pablo á los Romanos, donde dice que los que por el Bautismo han recibido el espíritu de adopción que nos hace hijos de Dios y herederos con Jesucristo de la gloria futura, reputan por nada todo lo que hay que padecer sobre la tierra en comparación de la recompensa que nos está preparada en el cielo, adonde deben dirigirse todos nuestros deseos.

El Evangelio refiere la milagrosa pesca que Jesucristo hizo coger á San Pedro en el mar de Tiberiades. Atropellándose la gente que acudía á Jesus por oír la palabra de Dios, él estaba á la orilla del lago de Genezareth, y vió dos barcos á la orilla del lago, y los pescadores habian saltado en tierra y levantaban sus redes, y entrando en uno de estos barcos, que era de Simon, le rogó que le apartase un poco de tierra, y estando sentado enseñaba al pueblo desde el barco. Luego que acabó de hablar dijo á Simon; entrámas adentro y soltad vuestras redes para pescar. Y respondiendo Simon le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando sin haber cogido nada; mas en tu palabra soltaré la red. Y cuando esto hubieron hecho cogieron un tan crecido número de peces que se rompia su red. E hicieron señas á los otros compañeros que estaban en el otro barco para que viniesen á ayudarles.

Ellos vinieron y de tal manera llenaron los dos barcos que casi se sumergían.

«Asombrado Simon Pedro de este milagro «se arroja á los pies de Jesus, y todo fuera de sí «esclama: Alejaos de mi, Señor, porque soy un «pecador indigno de ponerme en vuestra presencia.» Estas palabras no significan otra cosa que un respeto profundo del santo apóstol al Salvador, y un temblor santo producido por un milagro tan insigne. En este mismo sentido hablaba el Centurion cuando no se creia digno de recibir en su casa á Jesucristo. Siempre son agradables al Señor estos humildes sentimientos. Nada hay que nos haga menos indignos de estar con Jesucristo que la convicción en que estamos y la confesion sincera que hacemos de nuestra indignidad; esta es la disposicion que debemos tener cuando recibimos á Jesucristo en la sagrada comunión. Ninguna cosa gana tanto el corazón de Dios, como una humildad pura y sincera. Esta virtud apenas se encuentra separada de las demás, y sobre todo de la verdadera contrición. Santiago y Juan y todos los demás que estaban con Simon Pedro no quedaron menos pasmados de la maravilla de que habian sido testigos; su admiración llegó hasta una especie de pavor lleno de respeto que ordinariamente causa la vista de una cosa maravillosa é inesperada; pero el Salvador les aseguró, y dirigiéndose á Pedro le dijo: No temais, yo os he escogido para otra especie de pesca; no serán ya peces los que cogereis sino hombres. La pesca material y sensible

que hizo aquí San Pedro fue como el símbolo del ministerio apostólico y espiritual á que el Hijo de Dios los elevaba por su eleccion, á la manera poco mas ó menos que en los sacramentos se sirve Jesucristo de los signos sensibles para significar la gracia espiritual que obran. La gracia acompañó á esta divina vocacion, y desde este momento habiendo San Pedro, San Andrés, Santiago y San Juan dejándolo todo para siempre, no dejaron ya mas á su buen Maestro. Has aquí, aunque los apóstoles habian abrazado ya la doctrina de Jesucristo y se habian declarado discipulos suyos, no habian aun renunciado á todo lo que poseian, conservaban todavía su casa, su barca y sus redes, y se ejercitaban en su tráfico ordinario. Esta fue la tercera y última vocacion en la que lo abandonaron todo por adherirse únicamente á Jesucristo.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Concedednos, Señor, por vuestra bondad que el curso de este mundo, que está sometido á las reglas y á las órdenes de vuestra divina Providencia, sea quieto y tranquilo, á fin de que gozando vuestra Iglesia de reposo y de sosiego os testifique con su alegría el ardor de su piedad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola que hoy se lee en la misa es del capítulo 8 de la carta del apóstol San Pablo á los Romanos.

Hermanos: No tienen proporcion las penalidades de esta vida con la gloria venidera que en nosotros será manifestada. Por lo cual las criaturas están con ansia esperando la manifestacion de los hijos de Dios. Porque la criatura está sujeta á vanidad, no porque quiera estarlo, sino porque así lo dispone el que la sujetó, con la esperanza de que tambien ella será libre de esta sujecion que tiene á la corrupcion, para pasar á la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Sabemos que todas las criaturas jimen y andan con dolores de parto hasta ahora. Y no solo ellas, mas nosotros tambien los que poseemos las primicias del espíritu, dentro de nosotros jemimos, esperando el efecto de la adopcion de hijos de Dios, la redencion de nuestro cuerpo.

REFLEXIONES.

El Apóstol no habla simplemente de las aflicciones de un estado ó de una condicion particular: habla de las aflicciones del tiempo presente, de las aflicciones que nacen con nosotros, cuyos

principios al menos traemos dentro de nosotros mismos al nacer. El cuerpo tiene sus aflicciones, dolores, alteracion en la sangre, desarreglo en los humores: ¡ah Dios mio! ¡á qué infinito número de enfermedades no está sujeto el hombre durante su vida! enfermedades hereditarias; enfermedades crónicas, accidentales, incurables; predominacion de algun humor, flaqueza de los resortes, no hay sentido alguno que no esté sujeto á algun trastorno en sus órganos. Lo mismo que alimenta el cuerpo le consume, hasta el sueño le fatiga, muchas veces le daña el mismo descanso. El espíritu tiene sus aflicciones, y no son estas las menores: dudas sospechosas, temores, espantos, perplejidades, todo es suplicio, mas insoportable, cuanto que no tiene remedio. ¡Cuánto no nos hace sufrir nuestra imaginacion! ingeniosa para atormentarnos á falta de motivos reales, ¡cuántos fantasmas no nos presenta con que nos hace padecer? ella tiene el secreto de inquietarnos con sus imágenes. Puede decirse que la imaginacion es el tirano de todos los hombres, ninguno hay que no sea su esclavo, ninguno que no le deba la mayor parte de sus inquietudes y de sus disgustos. Las aflicciones, en fin, del tiempo presente son universales. El corazón siente vivamente todas las del cuerpo y del espíritu, y él tiene tambien las suyas particulares, las cuales son tanto mas amargas, cuanto que estinguen todo vislumbre de consuelo y de gozo. Siendo las aflicciones de por vida, son frutos de todas las estaciones y de todas las

tierras. Los dias mas bellos suelen oscurecerlos las nieblas mas densas, y ¿qué edad, qué condicion es la que goza una calma duradera? Los grandes viven entre el esplendor y la abundancia; pero ¿son por esto sus dias mas serenos? sujetos á las mismas enfermedades que el mas vil de sus súbditos, ¿está su corazón menos destrozado por sus pasiones? ¿su espíritu está siempre tranquilo? Las inquietudes, los temores, los disgustos y las enfermedades no respetan ni los grandes nombres, ni la púrpura ni el trono; y si las aflicciones interiores no fuesen invisibles, lo que nos parece un objeto de envidia lo veriamos con frecuencia como un motivo de compasion.

No hay proporcion entre las humillaciones, las penas, las adversidades, las cruces de esta vida y la eternidad bienaventurada, la corona de gloria, la felicidad plena, satisfactoria, inalterable que está prometida á los que sufren con corazón y espíritu cristiano. En este mundo no sentimos las aflicciones mas que gota á gota, mientras que por toda la eternidad estariamos como sumergidos, por decirlo así, y como anegados en un torrente de delicias puras. Aqui cada dia abrevia la curacion de nuestras aflicciones; en el cielo en cada momento se goza toda la eternidad de una dicha llena, que es y será siempre de un nuevo gusto, sin que pueda nunca acabarse. Aqui, en fin, endulza Dios con la uncion de su gracia las mas duraderas; en el cielo se complace Dios en embriagarnos, por de-

cirlo así, en cada momento con su propia felicidad, según la espresion del Profeta.

El evangelio de la misa de este día es según S. Lucas, Capítulo 5.

En aquel tiempo, estando Jesús junto al lago de Jenezaret, y agolpándose sobre él la multitud del pueblo por oír la palabra de Dios, vió á la ribera del lago dos barcos cuyos pescadores habian bajado, y estaban lavando las redes. Y entrando en uno de estos barcos que era de Simon, le rogó que le desviase un poco de tierra: y sentándose enseñaba al pueblo desde su navecilla. Luego que cesó de hablar, dijo á Simon: Lleva el barco á alta mar, y echad vuestras redes para pescar. Respondióle Simon: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando sin cojer nada: mas sobre tu palabra echaré la red. Y habiéndolo hecho así, encerraron tan gran multitud de peces, que se rompía su red. E hicieron seña á los compañeros que estaban en otro barco, para que viniesen á ayudarles. Y fueron allá y llenaron las dos navecillas, tanto que por poco no se anegaron. Lo cual viendo Simon Pedro, se hincó de rodillas á Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor; que soy hombre pecador. Porque así él como todos los que estaban con él se quedaron todos atónitos de la pesca que habian hecho: y lo mismo Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que

eran compañeros de Simon. Entonces dijo Jesús á Simon: No temas: desde hoy en adelante cojeras hombres. Y habiendo llevado á tierra los barcos, dejándolo todo le siguieron.

MEDITACION.

De la renuncia que debemos hacer de todo lo que mas amamos por amor de Jesucristo.

Considera que el Evangelio no anuncia mas que la humildad, la mortificacion y la penitencia, ni predica en todas partes otra cosa que la renuncia á las mas dulces aficiones del mundo, hasta decirnos que si no nos aborrecemos á nosotros mismos, no seremos jamás discipulos de Jesucristo. ¿Qué nos parece? conformes á este plan ¿tiene Jesucristo en el día de hoy muchos discipulos?

¿Qué cosa mas loable, ni mas justa, que el amor á sus prójimos? Dios hasta nos ha puesto un precepto de ello; sin embargo, cuando se trata de los intereses de Dios, es renunciar á él el no renunciar al amor de la carne y de la sangre, el no aborrecerse á sí mismo. Si alguno viene á mi (esta espresion comprende todos los estados y todas las condiciones de las personas cristianas) si alguno viene á mi sin aborrecer á su padre, á su madre, etc, sin aborrecer á su propia

persona, no puede ser mi discípulo. No hay nada mas positivo, nada mas claro. Este oráculo no tiene necesidad de esplicacion; ¿pero es muy de nuestro gusto esta moral? ¿está muy en uso en el dia de hoy?

¿Ceden siempre los intereses de familia á los deberes de la religion? ¿No se escucha jamás la carne y la sangre en perjuicio de la conciencia? En los negocios, en los placeres, en los proyectos de establecimiento y de fortuna, ¿es Dios solo á quien se consulta, es él solo á quien se escucha? ¿ninguna otra cosa entra en concurrencia con él? Ciertamente que Dios merece bien poco, sino merece todo nuestro corazon. ¿Y qué impiedad no es colocar el arca con el ídolo de Dagon en el mismo templo? ¿Dios mio! ¿qué mal concuerdan nuestras costumbres con nuestra creencia! Nuestras obras desmienten visiblemente nuestra fé.

Si yo paso mi vida entre la alegría y los placeres; si no busco mas que lo que halaga mis sentidos y mi codicia; si alimento y sigo mis pasiones; si no me ocupo mas que de satisfacer mi amor propio: ¿sirvo yo al mismo dueño que los mártires? ¿sigo la misma ley? ¿qué razon tengo yo, pues, para esperar la misma recompensa? Una muger que vive en la malicia, ¿tendrá la misma bienaventuranza que una Santa Ines? Un hombre que no ansía mas que por los placeres, ¿será tan dichoso como un San Timoteo?

Vos me mandais, Señor, que me aborrezca. ¿Y tengo yo acaso un enemigo mayor de mi ver-

dadero bien que yo mismo? ¿Qué odio, pues, mas racional? ¿No es en verdad amarnos el aborrecernos de este modo?

Concededme, Señor, este odio santo de la carne y de la sangre, este odio saludable de mi mismo, y que no olvide jamás que quien ama alguna cosa tanto como á vos, no es digno de vos.

JACULATORIAS.

Yo no puedo serviros ni amaros, Señor, si no me desposo con vuestra cruz, y sino me aborrezco para no amar mas que á vos (*Exodo 4.*)

¿Deseo yo, ni apetezco otra cosa que á vos, Dios mio, en la tierra, ni en el cielo? (*Psalm. 72.*)

PROPÓSITOS.

Comenzad desde este dia á amar á Dios con aquel amor de preferencia, que le asegure de tal modo el primer lugar en vuestro corazon, que para conservarle esteis en disposicion de sacrificarle bienes, placeres, amigos, parientes, la vida misma; y para esto tomad una resolucion firme de no querer, ni emprender cosa alguna, sin que antes lo consulteis con Dios, siguiendo siempre su voluntad. No os fleis de vuestras luces; el amor propio ciega. No hagais nada de consi-

deracion, sin que primero tomeis parecer de un sabio y celoso director.

Tengamos un amor reglado á nuestros parientes y á nosotros mismos, no se esclavice nuestro corazon á la pasion, y entonces no cometeremos ya injusticias. Dios debe preceder á todo, este es su propio lugar. Sofocad al mismo tiempo ciertas sensibilidades, corregid cierto refinamiento de delicadeza y de blandura, que prueban que os amais demasiado. El amor propio es un enemigo astuto y doméstico, tanto mas temible, cuanto menos se desconfia de él. Cuando nos lisonjea, entonces nos vende. Siempre de inteligencia con nuestras pasiones, turba sin cesar nuestro reposo, y pone en gran peligro nuestra salvacion. Tomad hoy la resolucion de no contemplarle jamás, de combatirle sin descanso hasta vencerle. El se desliza en todas partes; no le perdoneis en ninguna; se nutre de nuestras conveniencias y comodidades. La mortificacion de los sentidos es el suplicio del amor propio; privaos de todas las satisfacciones que no tienden mas que á hacerle mas fiero. Por mas contrario que sea á la devocion, suele avenirse con muchos de los que hacen profesion de devotos. Hacedle una perpetua guerra.

DOMINGO QUINTO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Como la denominacion del oficio de la misa de los domingos despues de Pentecostes se les ha dado del asunto del Evangelio que se lee en ello, este quinto domingo se llamaba antiguamente el domingo de la pesca prodigiosa que hizo San Pedro en virtud de la palabra de Jesucristo, y que hace ya muchos siglos es el asunto del Evangelio del domingo cuarto. Llámasele hoy el domingo de la perfeccion de la ley de Jesucristo, sobre la ley antigua que se habia dado á los judios por el ministerio de Moisés: porque el